

**Jorge Santiago. *El libro de los sacrificios*. Lima:
Pakarina ediciones, 2023, 100 pp.**

Juan Gensollen Sorados

Universidad Nacional Mayor de San Marcos
asterion37@gmail.com
ORCID: 0009-0008-3277-4939

*Yo, Madre mía, fui el rudo
artífice, fui el profano.*

Gerardo Diego

El libro de los sacrificios (Pakarina, 2023), de Jorge Santiago, se plantea como un conjunto de relatos signados por la violencia y el desencuentro, fundados la mayor de las veces en los linderos de la literatura fantástica y el género policial. Los cuentos transitan desde el suicidio, la delación, el homicidio, la extorsión y la extinción, hasta el reconocimiento, la sátira, el misterio, la ambición y la ficción fantasmal. Se trata de su tercera entrega cuentística. En la primera, *Usted viene de allá* (2012), Santiago explora diversos géneros, como el policial, el fantástico y el realista, incidiendo en el tema de la muerte y también en el de la venganza. Su segundo libro, *Las dos caras del héroe* (2018) reincide en los mismos géneros, aunque con menor presencia del registro realista, y en el que temas como la muerte y el destino inexorable parecen imponerse. En este tercer libro, el género realista es desplazado con mayor incidencia en lo fantástico, la ciencia ficción y lo policial, aunque el tema de la muerte y el de la venganza siguen estando presentes en varias narraciones.

No se trata de una pretensión aislada, por supuesto, desde el siglo pasado la referencia a lo fantástico ya tenía cultores de la

talla de Clemente Palma, Abraham Valdelomar, César Vallejo, Julio Ramón Ribeyro, Luis Loayza, José B. Adolph y Harry Bellevan, por nombrar algunos. En el caso de Adolph, acaso el más visible, podría destacarse su lenguaje cargado de sarcasmo y de ironía, con personajes que tienden a ser obsesivamente observadores y, por tanto, cuestionadores, además de su apuesta por los giros sorprendidos. En el bloque generacional de este siglo, distanciados del realismo urbano y más acá de lo fantástico y el terror, han continuado esta tradición transgresora autores como Sandro Bossio (1970-2023), de prosa fluida e impactante en relatos fantásticos o policiales; Yeniva Fernández (1970), de gran intensidad psicológica, personajes atormentados y desenlaces imprevisibles; Yellina Pulliti (1980), con tópicos como el fin del mundo por causa de la guerra o la mujer monstruo, dibujando personajes excesivos en su crueldad; Lenin Solano (1883), cultor de la novela negra y policial, donde la muerte y el misterio acompañan una intriga cuidadosamente elaborada; o Merlin Chamblin (1989), autor de cuentos fantásticos o de misterio, entre muchos otros.

En el caso de Santiago, la asunción de la violencia como rasgo performativo de la narración trasluce un impulso creador cuyo germen se asienta en la inocencia. Más aún cuando el desenlace no es animado por la expiación y la abnegación, sino por la oscuridad, el asombro y la sevicia. El despliegue entre el narrador que expone y el personaje que describe hacen la diferencia en el resultado final. Los saltos temporales, por ejemplo, como recurso traslativo, debieran condensar la acción en sujetos perturbados por una lógica interna que descoyunta la narración. Las torturas alimentan el espectro de maldad, la aniquilación es el encuentro con la ruina y el destino marcado por la fatalidad conduce al personaje a las hogueras del sacrificio. Si tal propósito se asentara en dilaciones narrativas cuyo desenlace deviniera en catarsis, el efecto ciertamente habría logrado desasirse de una aseveración para escalar hacia una

realidad en la que la conmoción estaría acompañada también de la fantasía.

Tal observación se advierte, por ejemplo, en la construcción de la verosimilitud en los relatos de Santiago, donde el narrador apela muchas veces a la intertextualidad ficcional (noticias, documentos, estudios históricos) o a narraciones encajadas, que permiten un distanciamiento parcial de la historia y salvan así la omnisciencia. En “La muerte de Jean-Baptiste Grenouille”, se plantea la hipótesis de un historiador francés sobre el final del protagonista de *El perfume* de Patrick Süskind, a partir de la cual la tensión narrativa propone una secuencia en la que la violencia y el desconcierto nacen de un salto temporal que captura el escenario e intensifica los sentidos. Este recurso es aún más distanciado en “El huésped”, donde la fuente del relato llega al narrador a través de dos personajes de manera indirecta, uno tras otro. En “El rompecabezas resuelto de Amarildo”, la reconstrucción de un suicidio se vale de noticias, un diario y documentación proporcionada por la policía; “Un *selfie* de Jesús”, reseña la teoría de un historiador uruguayo sobre el papel de Judas, y en “El ciervo” un relato oral desencadena una pesquisa de consecuencias insólitas.

Los personajes en los cuentos de Santiago oscilan entre la sorpresa, la renuencia y los sentimientos contrariados. El personaje-narrador de “Felinos” se mimetiza con el comportamiento de su gato, abandonando sus hábitos anteriores; en “El huésped”, la familia que aloja a un asesino bajo amenazas, advierte que sin su presencia la vida se torna gris y anodina y deciden retenerlo; en el cuento “Vuelta a empezar”, a medio camino entre la sátira y la ciencia ficción, los habitantes de una ciudad tomada por alienígenas transitan entre la burla, el agotamiento, la sumisión y el repentino temor de ser abandonados por sus captores; y en “Marcio”, el dueño de un circo, luego de deshacerse del genial inventor de artificios realistas, cambia de decisión al sentir que, después de todo, extraña su presencia.

En la mayoría de estos relatos, la violencia se instala de golpe y es alentada por sujetos que en su inacción o en su pasiva resignación no ofrecen resistencia ante un destino que los avasalla. El encuentro con la fatalidad y la enunciación de la iniquidad se da menos por las acciones trepidantes que por los hechos consumados. Tal vez por eso, los relatos más logrados son precisamente aquellos en donde el narrador no participa directamente sino sobre la base de textos que se complementan y cimientan un mosaico cuyas piezas articulan los retazos de un sacrificio. Esto se advierte fácilmente cuando en el tiempo de la historia, el movimiento narrativo se condensa en una secuencia breve y no en un pliegue temporal, que es más bien propio de lo fantástico, la ciencia ficción y las realidades alternas. Este resumen es un recurso ya presente en anteriores relatos de Santiago, no necesariamente violentos, como en el caso de “Olaya”, donde nos enteramos, por intermedio de un historiador, que el personaje principal, producto de “una situación de estrés llevada al límite” sufre modificaciones en sus genes del envejecimiento que le permitieron vivir hasta los 214 años.

Esta recurrencia a la narración indirecta se anuncia y complementa en marcadores textuales en los que el martirio no solo está expresado sino también se ofrece como un acto de abnegación. El título del libro, como indicador catafórico, remite directamente a la violencia y al cese de la esperanza, mientras que el epígrafe (“Mi madre era dulce, pero adoraba las historias violentas”) adelanta la temática que subyace al conjunto. Ambos elementos paratextuales inciden e informan sobre el sentido de estos relatos, y no es casual que los dos últimos se inserten a modo de conclusión. En “El ciervo”, la querencia y el encuentro familiar parecieran librar al personaje de las garras del desarraigo.

Por alguna razón, tal vez por el carácter campechano de mi padre, tal vez por mi madre, que era la dulzura en persona, mi casa era algo así como el centro de ese pequeño pueblo colorido y apartado.

Este inicio, inusualmente amable, se instala en un entorno popular propicio para las historias que convocan y reúnen a los hombres. Sin embargo, una de aquellas historias conducirá al intrigado personaje “al bosque de los espíritus y de las almas”, donde en medio del silencio se hallaban “los frutos de oro”. Es curioso que el “hermoso y rojizo ciervo” en el que se convierte el niño (por un proceso de teriomorfismo) y el gato Ismael de “Felinos” (con el cual se mimetiza) encarnen por un lado la belleza y por otro la perdición, la inocencia que no puede anticipar ni la fatalidad ni la melancolía. Por su parte, “Con James, en el bar”, la ficción fantasmal, anticipada por proyectos de historias violentas, se resuelve en la calidez del hogar, pero en el espanto de un inopinado encuentro con el más allá, como el que se insinúa en “Una mujer en la carretera”, que hacen de *El libro de los sacrificios* la memoria de un holocausto.

Los relatos de Jorge Santiago, más acá del nocaute cortazariano que del suspenso hitchcockiano, se nutren de la observación y la pesquisa, pero también de la oralidad y lo dicho, de ese inicio en un epígrafe que inscribe a un yo en una antítesis, pues no se plantea un propósito moral a la manera de Brueghel ni se inspira en la representación de la piedad ante un asesinato. En este altar de la violencia, la ternura es el disparador de la sevicia, donde los cuerpos mutilados, las feroces golpizas, las torturas y los vejámenes, la comba y el cuchillo, la venganza y el desarraigo, en su perversidad y en su final inexorable, celebran el triunfo de la muerte.